



Crítica / Música clásica

Un concierto ligero y con gracia

Eduardo Viñuela
Musicólogo



OSPA

*Hora y lugar: Teatro Jovellanos,
26/04/2018, 20.00*

La primavera es una estación de contrastes, y la OSPA parece querer evocar este carácter en su programación. Si la semana pasada nos deleitaba con dos obras monumentales de Sibelius y Wagner, este jueves la orquesta llegaba al teatro Jovellanos con un repertorio para un grupo relativamente reducido en efectivos (una formación más clásica que romántica) en el que predominaban piezas con melodías ágiles y fáciles de escuchar. Fue un programa con sorpresas agradables en la primera parte y un homenaje a Schubert en la segunda, especialmente en la “Sinfonía inacabada”, que sonó con una contenida carga emocional bajo la batuta de Cristóbal Soler.

Lo primero que sonó fue todo un acto de reparación no exento de nostalgia; el “Álbum de la juventud” de Schumann se interpretó en la versión orquestal que el compositor gijonés Luis Vázquez del Fresno elaboró para esta misma orquesta allá por 1978. Esta obra es bien conocida para quien haya tomado clases de piano; se caracteriza por la claridad de temas, la brevedad de las piezas y la variedad de atmósferas y afectos en las mismas. Vázquez del Fresno supo incrementar su poder expresivo con una orquestación que aporta un mayor colorido tímbrico y que encontró en la OSPA el aliado perfecto para lograr los matices de agógica en la articulación de frases. La selección de nueve números de este “álbum” capta la esencia de la obra y permite al compositor dar rienda suelta a un amplio abanico de recursos

para configurar diferentes climas con un inteligente y equilibrado manejo de las diferentes secciones de la orquesta.

El descubrimiento de la noche fue el “Concertino para piccolo, cuerda y clave” del británico Allan Stephenson; una obra de 1979 que rehúye lenguajes contemporáneos para abrazar un estilo romántico eufónico, pero no exento de detalles que aportan complejidad e interés. Lo primero que llamó la atención fue el papel protagonista del piccolo, y comprobar cómo ese pequeño flautín puede imponerse a la orquesta sin dificultad. Fue el titular del instrumento en la OSPA, Peter Pearse, quien ejerció de solista y se encargó de dar vida a los enrevesados e irregulares fraseos que discurren sobre efectivos contratiempos en el “Allegro amabile” inicial. Pearse estuvo soberbio y, en su empeño por comunicar, tiró incluso de gestualidad para poner humor a algunos finales agudos en sus desarrollos. El segundo movimiento fue sobrecogedor, lento, cargado de emoción; habría merecido una ovación por sí solo, y la marcha del tercero puso el contraste y dejó más espacio al clave. Fue muy aplaudida, y Pearse regaló como propina la “Badinerie” de Bach, con la complicidad y colaboración de parte de la orquesta.

Quedaba todo Schubert en la segunda parte. La obertura de “Rosemunda” delata la vocación de la pieza desde los primeros compases; está diseñada para presentar los temas de esta ópera y crear un clima narrativo, por lo que los contrastes son frecuentes. Más interesante fue la “Sinfonía inacabada”, en la que vimos la mano de Cristóbal Soler para contener los afectos y lograr tensión sin contrastes marcados; el diálogo entre secciones fue fluido, con especial mención para los vientos y para esas cuerdas que parecían arañar la melodía. Fue el remate perfecto a un programa interesante y original.